



Revista de Literatura Hispanoamericana

No. 50, Enero-Junio, 2005: 16-37

ISSN 0252-9017 ~ Dep. legal pp 197102ZU50

## Tradición y renovación en el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña: *Seis Ensayos en busca de nuestra expresión (1928)*

*Eva Guerrero Guerrero*

*Universidad de Salamanca. España*

### Resumen

El artículo aborda la problemática de la expresión americana a través de la obra *Seis Ensayos en busca de nuestra expresión* del ensayista dominicano Pedro Henríquez Ureña. Se realiza un estudio de los componentes esenciales de los artículos de dicha obra y de los aspectos que de acuerdo con el pensamiento ureñiano han sido significativos en la identidad hispanoamericana. El recorrido por las claves de esta obra nos revela los particulares aspectos del “americanismo” de Henríquez Ureña y ofrece un desafío a los postulados de otros autores que se habían basado en *La decadencia de occidente* de Spengler para construir a partir de ella las nuevas bases de la cultura hispanoamericana. En este sentido, el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña ofrece una propuesta estética alternativa en torno a la tradición y la cultura hispanoamericana.

**Palabras clave:** Pedro Henríquez Ureña, ensayo, tradición, identidad.

---

Recibido: 22-11-04 • Aceptado: 20-04-05

---

## Tradition and Renovation in the Philosophy of Pedro Henriquez Ureña: Six Essays in Search of Our Own Expression (1928)

### Abstract

This article touches on the problem of american expression throughout the “*Seis Ensayos en busca de nuestra expresión*” (Six essays in search of our own expression), written by the dominican writer Pedro Henríquez Ureña. A study is made of the essential components of the articles that make up the aforementioned works, and of the aspects that according to Ureñan thought, are significant in Latin American identity. A survey of the keys to this text reveal the particular aspects of Henrique Ureña’s “Americanism” and offer a challenge to the postulates of other authors that had based their works on “*La Decadencia del Occidente*” by Spengler in order to construct from it their new basis for Hispano-American culture. In this sense the thoughts of Pedro Henríquez Ureña offer an aesthetic alternative to tradition and Hispano-American culture.

**Key words:** Pedro Henriques Ureña, essay, tradition, identity.

*[...] no sólo escribimos el idioma de Castilla, sino que pertenecemos a la Romania, la familia románica que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura, descendiente de la que Roma organizó bajo su potestad; pertenecemos —según la repetida frase de Sarmiento— al Imperio Romano<sup>1</sup>.*

El pensamiento de Pedro Henríquez Ureña ofreció en su momento una renovada propuesta estética para abordar la concepción de la cultura hispanoamericana, principalmente en cuanto a sus relaciones con la tradición. Su continuo peregrinaje por diversos países de Hispanoamérica y su acercamiento a las distintas culturas le predispuso para una noción

1 Pedro Henríquez Ureña: “El afán europeizante”, *Seis Ensayos en busca de nuestra expresión*, en *Obra Crítica*. Edición de Emma S. Speratti Piñero. Prólogo de Jorge Luis Borges, México, FCE, 1960, pág. 250.

amplia de América, alejada tanto de particularismos nacionales como del recelo hacia la tradición española, que aceptó como componente esencial de la buscada “expresión” americana. Planteó en su obra el tema de la tradición de forma abierta, atenta de igual modo a lo propio y a lo europeo.

En ese sentido, su americanismo tiene un carácter distinto al concebido por muchos de sus contemporáneos. Su temprana salida de Santo Domingo y su particular peripecia vital le proporcionó una posición privilegiada para acometer el desarrollo de las líneas directrices que marcarán su americanismo; su exilio y su peregrinaje hacen que se consolide en él una clara voluntad de búsqueda de referentes sólidos que pudiesen caracterizar la cultura hispanoamericana. Tal es, y no otro, el significado profundo de su continua defensa de la tradición, como ha sido señalado reiteradamente por la crítica:

¿Cómo describir los comienzos de Henríquez Ureña?[...] El crítico “errante” va luchando continuamente contra la fragmentación, construyendo en sus libros totalidades orgánicas que le permitirán constituirse como iniciador de la “renovación” americana. Recordar, ampliar, recu-

perar será su proyecto. Venía de una isla que no parecía constituirse en un estado nacional, que incluso estaba dividida en dos naciones, Santo Domingo y Haití, y que además distaba mucho de ninguna armonía racial o social. La “tradición” y los “comienzos” eran, en esas circunstancias, problemáticas. Pero también sus sucesivos desplazamientos, a Nueva York, a México, en décadas de grandes transformaciones y trastornos políticos, hacía urgente la búsqueda de identidades estables y precursores fuertes<sup>2</sup>.

La inquietud de búsqueda de “un” americanismo se concreta sobre todo en los ensayos recogidos en su libro *Seis Ensayos en busca de nuestra expresión*, aparecido en 1928. Se trata de la expresión de los grandes interrogantes en torno al devenir de la propia cultura hispanoamericana, en un tramo histórico en el que se replantean conceptos como «nacionalismo» o «continentalismo», propiciados por los acontecimientos europeos. Las propuestas planteadas en esta obra, establecen nuevas bases metodológicas desde las que enjuiciar los modelos creativos y un programa único de revisión de las fórmulas desgastadas con las que se había enfrentado hasta entonces el discurso literario.

2 Arcadio Díaz-Quinones: «Pedro Henríquez Ureña: La persistencia de la tradición», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 17 (1991), págs. 21-28, la cita procede de la pág. 23.

No sólo existe un deseo de realización de la unidad cultural, sino de reconocimiento de lo propio en el marco de la cultura universal. De ahí se deduce el propósito general del libro: «[ir] en busca de los espíritus fervorosos que se preocupan por el problema espiritual de nuestra América, que padecen el ansia de nuestra expresión pura y plena»<sup>3</sup>. Obra de gran relevancia, en ella se abordan las cuestiones capitales que se habían venido debatiendo en el seno de la cultura hispanoamericana; al mismo tiempo, significa una sólida reflexión sobre el espinoso problema de la recuperación y asunción del pasado, tema recurrente en la mayoría de los trabajos críticos que abordan el discurso literario hispanoamericano y la búsqueda de su pretendida expresión.

En *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* se agrupan trabajos realizados en su mayoría en los primeros años de su estancia en la Argentina, presididos por un claro propósito de aceptación de la propia historia, y al tiempo representan una nueva etapa en el desarrollo de su pensamiento y uno de los logros más singulares en torno a la entidad literaria y expresiva hispanoamericana. En ellos se cuestiona tanto la imitación sistemática de lo europeo como su rechazo, a lo que se une una voluntad universalista de la cultura hispanoamericana<sup>4</sup>. Para el aspecto que nos interesa resultan de gran utilidad los dos primeros ensayos, ya que en ellos desarrolla de manera más directa el tema del americanismo literario. Como el mismo Henríquez Ureña expone, se trata de

3 *Obra Crítica, op. cit.*, pág. 325.

4 El título del libro no corresponde al autor, sino a Samuel Glausberg, su editor; la obra se compone en realidad de nueve trabajos, los *Seis ensayos*, «Dos apuntes argentinos» y un «Panorama de la otra América». Los «Seis ensayos» propiamente dichos en el orden en que aparecen en la obra son los siguientes: «El descontento y la promesa» (1926), «Caminos de nuestra historia literaria» (1925), «Hacia el nuevo teatro» (1925), y los tres englobados bajo el rótulo «Figuras», en el que se insertan: «Juan Ruiz de Alarcón», «Enrique González Martínez» y «Alfonso Reyes». Los «Dos apuntes argentinos», comprenden «El amigo argentino» (dedicado a Héctor Ripa Alberdi) y «Poesía argentina contemporánea» (donde realiza un análisis de la gran aportación de América a la poesía y expone la necesidad que hay para la literatura hispanoamericana de buenas antologías, como la de Julio Noé para la poesía argentina (*Antología de la poesía argentina moderna, 1900-1925*, edición de Julio Noé, Ed. de Nosotros, Buenos Aires, 1926); el noveno ensayo lleva por título «Veinte años de literatura en los Estados Unidos», en el que ofrece un lúcido análisis del desarrollo de la literatura norteamericana en los años que se extienden entre 1907 a 1927.

trabajos que se vinculan por el aspecto de la expresión americana:

Los Seis trabajos extensos que aquí reúno [...] y los dos apuntes argentinos que les siguen, están unidos entre sí por el tema fundamental del espíritu de nuestra América: son investigaciones acerca de nuestra expresión, en el pasado y en el futuro. A través de quince años el tema ha persistido, definiéndose y aclarándose: la exposición íntegra se hallará en «El descontento y la promesa». No pongo la fe de nuestra expresión genuina solamente en el porvenir; creo que, por muy imperfecta y pobre que juzguemos nuestra literatura, en ella hemos grabado, inconscientemente o a conciencia, nuestros perfiles espirituales. Estudiando el pasado, podremos entrever rasgos del futuro; podremos señalar orientaciones. Para mí hay una esencial: en el pasado, nuestros amigos han sido la pereza y la ignorancia; en el futuro, sé que sólo el esfuerzo y la disciplina darán la obra de expresión pura<sup>5</sup>.

La actividad intelectual de Pedro Henríquez Ureña en Argentina, desde 1924 hasta 1946, está marcada por un pensamiento polarizado en torno a dos hechos fundamentales interdependientes: por un lado la crisis originada tras la Primera Guerra Mundial, que hizo tambalearse las estructuras en las que estaba asentado el pensamiento latinoamericano y, estrechamente vinculada a la anterior, la difusión de una de las obras más significativas del pensamiento occidental, *Der Untergang des Abendlandes (La decadencia de occidente)* de Oswald Spengler (1880-1936)<sup>6</sup>. Esta obra ofrecía un replanteamiento de la historia inmerso en el seno de la modernización de las sociedades; como toda morfología era hija del neokantismo y se basa en la deducción de regularidades que deberían enunciar pautas cíclicas para determinar hechos futuros. Contempla la coexistencia y la continuidad de las culturas pero

- 5 Pedro Henríquez Ureña, «Palabras finales», *Seis ensayos ..... Obra Crítica, op. cit.*, pág. 324 (Las mayúsculas pertenecen al original).
- 6 El original alemán constaba de dos tomos; el primero de ellos apareció en 1918 con el título de *Der Untergang des Abendlandes. Umriss einer Morphologie der weltgeschichtlichen Gestalt und Wirklichkeit (La decadencia de occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal)*; el tomo II titulado *Welthistorische Perspektiven (Perspectiva del hombre y la técnica)* se publicó en 1922. En este mismo año Spengler publicó *Socialismo y prusianismo*, libro que anunciaba la reforma radical de la sociedad y en 1933 concluyó la obra *Años decisivos*. La traducción española de *La Decadencia de occidente* en 4 tomos fue realizada por Manuel García Morente, Madrid, Calpe, 1923-1932 (Existe una edición más reciente en dos tomos, Calpe, 1998).

anuncia la crisis y posterior “deca-  
dencia de la civilización occiden-  
tal”<sup>7</sup>.

Henríquez Ureña fue capaz de va-  
lorar en su justa medida el alcance  
de los postulados que mantenía esta  
obra, ya difundida en Hispanoaméri-  
ca, y en concreto en Argentina por  
Ortega y Gasset a través de la *Revis-  
ta de Occidente*, vector de propaga-  
ción cultural al que habría que añadir  
los diferentes estudios que había  
hecho también en dicha revista el  
primer traductor de la obra al espa-  
ñol, Manuel García Morente<sup>8</sup>.

El aparentemente novedoso enfo-  
que que este estudio proponía res-  
pecto a la Historia, generó gran po-  
lémica y dio lugar a toda una serie  
de interpretaciones, a menudo radi-  
calmente opuestas desde un punto  
de vista ideológico. La obra revolu-  
cionó el pensamiento occidental,  
pese a que no ofrecía un plantea-  
miento excesivamente novedoso de  
la filosofía de la historia. Su acierto  
radicó en que sintetizaba las ideolo-  
gías en torno a la naturaleza y a la  
historia conocidas hasta entonces,  
conciliándolas en una síntesis tan

7 Esta noción de «decadencia» de las culturas no era algo totalmente novedoso, dicho enfoque se venía sucediendo desde la Antigüedad. La obra cumbre en este sentido había sido *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (publicada entre 1776-1788) de Edward Gibbon (1737-1749) sobre la caída del Imperio Romano. El concepto de decadencia ha sido muy utilizado por historiadores y filósofos. Pero sobre todo se agudiza con la Primera Guerra Mundial síntoma de un mundo en crisis y en este momento le toca la quiebra a la civilización occidental. Por la misma época que *La decadencia de Occidente* de Spengler tenemos *Le Déclin de l'Europe* del geógrafo Albert DEMANGEON. Con la crisis económica de 1929 los historiadores vuelven a proyectar en el pasado el signo de decadencia presente, lo que aparece reflejado en 1932 con la poco acertada traducción de la gran obra de J. Huizinga *El otoño de la Edad Media*, que debería traducirse más bien por *La decadencia de la Edad Media*, que resultaría más fiel al original.

8 Manuel García Morente (1886-1942) fue uno de los pensadores españoles más destacados de la primera mitad del siglo XX. Lo mismo que Ortega se formó en Alemania y en Francia. Estuvo muy influido por la filosofía de Bergson y por la Escuela neokantiana de Marburgo. Fue Catedrático de Ética durante treinta años en Madrid, también desempeñó una cátedra en la Argentina. A través de sus reseñas en *La Revista de Occidente* se conocieron en Alemania muchos de los escritos de Ortega tal como apunta el romanista E. R. Curtius en 1924 en comunicación epistolar a Ortega «¿Podría usted enviarme también *El tema de nuestro tiempo*? La reseña de este libro por Morente en la *Revista de Occidente* me ha dado ganas de leerlo», en «Epistolario entre Ortega y Curtius», *Revista de Occidente*, 6 (1963), págs. 329-341. La recopilación de toda la obra de Manuel García Morente ha sido realizada por Juan Miguel PALACIOS y Rogelio ROVIRA (eds.), *Manuel García Morente, Obras Completas*, Barcelona, Anthropos, 4 vols., 1996.

atractiva como falsa. Spengler expone en el prólogo a su obra que son muchos los aspectos que comparte con Goethe y Nietzsche: “[...] dos espíritus a quienes debo casi todo [...] De Goethe es el método, de Nietzsche, los problemas”. Spengler, creyente también en los “hombres extraordinarios”, en las clases destinadas a dirigir a los pueblos a su grandioso destino, al igual que Ortega y muchos pensadores posteriores, tomó de Nietzsche una idea equivocada: el superhombre nietzscheano, aquel que ha de romper las cadenas de la sumisión, dueño de su destino y su pensamiento, no es el hombre dirigente ni el gobernante. Es el hombre común, el superhombre individual que, descreyendo justamente de los gobernantes, se alza a sí mismo con su futuro libre, alejándose de los “bebedizos” que querían suministrarle (entre otros, gentes como Ortega y el propio Spengler).

Uno de los aspectos de *La decadencia de Occidente* que más influyó en los intelectuales hispanoamericanos, fue su oposición a la división tradicional de la historia en las tres edades (Antigua, Media y Moderna). El historiador alemán reprocha a este esquema haber propiciado una gran deformación histórica. En su opinión, es responsable de la creación de cierta definición de la historia universal de acuerdo con

parámetros de la cultura occidental, convirtiendo este punto de vista en el único criterio de valoración histórica, lo que ha llevado a considerar a las demás culturas como insignificantes. La Historia Universal, pues, ya no podría considerarse como un todo rectilíneo, sino como la morfología comparativa del conjunto de las culturas, apunta Spengler:

Edad Antigua, Edad Media, Edad Moderna. Tal es el esquema, increíblemente mezquino y falto de sentido [...] El territorio de la Europa occidental constituye así como un polo inmóvil, o hablando en términos matemáticos, un punto particular de una superficie esférica—no se sabe por qué, a no ser porque nosotros, los constructores de esa imagen histórica, nos sentimos aquí en nuestra propia casa [...] Este esquema, tan corriente en la Europa occidental, hace girar las grandes culturas en torno nuestro, como si fuéramos nosotros el centro de todo el proceso universal. Yo le llamo sistema ptolemaico de la historia. Y considero como el descubrimiento copernicano, en el terreno de la historia, el nuevo sistema que este libro propone, sistema en el cual la Antigüedad y el Occidente aparecen junto a la India, Babilonia, China, Egipto, la Cultura árabe y la Cultura mejicana, sin adoptar en modo alguno una posición privilegiada. Todas estas culturas son manifestaciones y expresiones cambiantes de una vida que reposa en el centro; todas son orbes distintos en el devenir universal, que pesan tanto como Grecia

en la imagen total de la historia y la superan con mucho en grandeza de concepciones y en potencia ascensional<sup>9</sup>.

Este fue uno de los planteamientos que por razones obvias mejor recepción tuvieron en el pensamiento hispanoamericano. Dadas estas premisas, la historia se relativiza, Spengler elimina el predominio de una cultura sobre las demás (luego se confirmó la apuesta de Spengler de proponer la cultura germánica como más capacitada para dirigir a las otras, bajo la apariencia de un alejamiento total de las ideas darwinistas y de la exaltación de la raza). Este planteamiento era en sí una trampa demagógica, pero no se quiso, o no fue posible, caer en la cuenta de este hecho en su momento, ya que cada gobierno latinoamericano estaba dispuesto a adoptarlo para hacerse con el poder y con esta justificación “filosófica” se sustanciaron el «cesarismo» y las consiguientes dictaduras.

Las amargas circunstancias que atravesaba Europa durante la Gran Guerra propiciaban que en América Latina reinara un cierto optimismo que hacía imaginar que, tras el fracaso europeo, serían los países americanos los que pudieran llevar a la práctica las ideas spenglerianas. Se

había creado una gran confianza en el poder espiritual que podía alcanzar una cultura como la hispanoamericana que de acuerdo con las teorías de Spengler aún no había agotado su ciclo vital. Muchos de los intelectuales de los años veinte y treinta se veían comprometidos con ideales universalizantes de su cultura y tras múltiples lecturas relativizadas o sesgadas de *La decadencia de Occidente* la tomaron como ejemplo para su gran fe en el porvenir del continente. No es extraño, pues, que los emergentes nacionalismos latinoamericanos se fijaran en los aspectos grandilocuentes de la obra, no por su visión particularizadora de cada cultura sino por su definición exacta de la creación de una entidad nacional –valdría decir la identidad americana sustanciada en las identidades independientes de cada país americano-, que daba respuesta a ciertos afanes americanistas, más allá de los nacionalismos de las vanguardias. Son muchos los autores cuya obra está elaborada sobre categorías históricas y filosóficas spenglerianas (en el ámbito mexicano, José Vasconcelos, con *La raza cósmica* (1925) o Luis Palés Matos en Puerto Rico, por citar sólo dos ejemplos).

9 Oswlad Spengler: *La decadencia de Occidente*, Madrid, Calpe, 1923-1932, Vol I, págs. 29-30 y 32-33].



Sin embargo, Pedro Henríquez Ureña y también Alfonso Reyes advirtieron pronto el doble significado que entrañaba la filosofía spengleriana, y si bien Henríquez Ureña le reconoce un gran esfuerzo de síntesis histórica, considera que el enfoque ideológico resultaba claramente peligroso, predisponiendo a las élites a creerse más preparadas para hacerse con el poder por derecho y por capacidad recibida por el propio desenvolvimiento de la historia universal. Le concede el valor de ser una síntesis de elementos conocidos a lo largo de los siglos, aunque le parece absurdo que en Hispanoamérica su obra se hubiera convertido en un libro de consulta obligada, sin que se entresacaran de él los elementos válidos, tal como apunta en comunicación epistolar con Alfonso Reyes:

No estoy enteramente de acuerdo contigo sobre la cultura alemana actual: es mediocre, no hay ningún pensador que no

diga tonterías en cada página —padecen de infantilismo presuntuoso—, pero dicen cosas de cuando en cuando [...] con todo lo malo que noto en Spengler y en Keyserling, les encuentro interés. [Pero] me parece lamentable que autores así sean guías de nuestro tiempo [...] Te confieso que tengo una gran decepción desde hace años porque veo que la humanidad aprovecha muy poco los esfuerzos de su pasado: en cada generación se leen autores que repiten las cosas dichas en la anterior, y la generación nueva cree que las acaban de inventar, porque no ha leído a los anteriores; y —lo que es peor— hay Ortegas que hacen la propaganda de la supuesta novedad declarando que por primera vez se piensan estas cosas<sup>10</sup>.

Lejos de las ideas de Spengler, Henríquez Ureña realizó en sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* una madura reflexión sobre los componentes esenciales que han constituido la realidad americana y los coadyuvantes históricos que le han ido dando forma. A lo largo de

10 *Epistolario íntimo (1906-1946) Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes*, Ed. y prólogo de Juan Jacobo de Lara, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 3 tomos 1981- 1983. t. III, págs. 364-365 (5 de Febrero de 1929). Esta carta respondía a otra de Reyes del 2 de febrero de ese mismo año en la que este último, —gran lector de Goethe— opinaba sobre la cultura alemana del momento: «La cultura alemana actual me apesta. Todo eso que leo no me dice nada. Lo literario, me parece pueril. Lo filosófico, vago y superficial. Son los alemanes los que hacen ahora periodismo con la filosofía. Spengler y Keyserling no van más allá de cualquier Jean Finot. Su éxito consiste en que escriben mal. Me figuro que la ciencia alemana sí me interesaría» (A. Reyes, *Epistolario íntimo*, t. III, pág. 363 (Las cursivas pertenecen al original).

los diferentes ensayos que integran el libro aparece una nueva interpretación de términos como «europeización», «utopía», «nacionalismo», «americanismo» etc., que no necesitan de grandilocuentes teorías alemanas para darles forma y mucho menos contenido. La cultura hispanoamericana adquiere una nueva formulación que pasa por un claro eclecticismo y la aceptación de los componentes definitorios de lo americano; este aspecto es el que hace de *Seis ensayos* uno de los libros que más claves alberga en torno al camino necesario para construir un discurso literario y cultural propiamente hispanoamericano.

Uno de los rasgos más destacables de las aportaciones de Henríquez Ureña, es que deja atrás los planteamientos suscitados por la doctrina positivista y que habían dado lugar a una serie de obras que analizaban las enfermedades del continente; ahora, bajo una orientación humanística, se trabaja en la búsqueda de la expresión propia y se aceptan los elementos que forman parte de la herencia y que constituyen la tradición.

Tras la vasta desorganización vivida en Europa al finalizar la Primera Guerra Mundial se produce en todos los ámbitos una reflexión crítica respecto a los modelos que debe seguir Hispanoamérica. Los *Seis Ensayos*

pone el dedo en la llaga y se refiere a la anarquía que se está viviendo en Europa en lo político, estado que según Henríquez Ureña hubiera podido aprovecharse en el caso de las letras para retirar los ojos del viejo continente y empezar a crear en sentido lato sus propios patrones culturales:

A lo largo del siglo xix, Europa nos daba lecciones definidas. Así en política y economía, la doctrina liberal [...]: nosotros anotábamos los lentos avances del régimen constitucional y aguardábamos, armados de esperanza, la hora de que cristalizase definitivamente entre nosotros [...] ¿Ahora? Cada esquina, cada rincón, son cátedras de heterodoxia. Los pueblos recelan de sus autoridades [...] Como de Europa no nos viene la luz, nos quedamos a oscuras y dormitamos perezosamente; en instantes de urgencia, obligados a despertar, nos aventuramos a esclarecer nuestros problemas con nuestras escasas luces propias [...] ¿Volverá Europa -hogar de la inquietud- a la cómoda unidad de doctrinas oficiales como las de ayer? ¿Volveremos a ser alumnos dóciles? ¿O alcanzaremos -a favor del eclipse- la independencia, la orientación libre? Nuestra esperanza única está en aprender a pensar las cosas desde su raíz<sup>11</sup>.

En Henríquez Ureña la tradición es el elemento clave sobre el que se fragua su particular sentido del americanismo, que se constituye con una aceptación de pertenencia clara a la Romania, como eje sólido irradiador

de cultura<sup>12</sup>, pero que en modo alguno elimina los rasgos inherentes a la realidad americana:

*Aceptemos francamente, como inevitable, la situación compleja: al expresarnos habrá en nosotros, junto a la porción sola, nuestra, hija de nuestra vida, a veces con herencia indígena, otra porción substancial, aunque solo fuere el marco, que recibimos de España. Voy más lejos: no sólo escribimos el idioma de Castilla, sino que pertenecemos a la Romania, la familia románica que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura, descendiente de la que Roma organizó bajo su potestad; pertenecemos —según la repetida frase de Sarmiento— al Imperio Romano*<sup>13</sup>.

Su americanismo no pasa por las vacuas preguntas acerca de la identidad hispanoamericana que habían

surgido tras la crisis de la conciencia nacional blanca y criolla. Esas cuestiones, para él, provenían en muchos casos del rechazo de la tradición y de una aceptación sumisa de modelos foráneos; así, preguntarse por la identidad sería poner en entredicho la propia esencia y con ella la tradición y la originalidad literaria<sup>14</sup>.

Uno de los aspectos centrales de *Seis Ensayos* es el de la imitación de la cultura europea, el constante debate de la cultura hispanoamericana entre Europa y el resorte de la propia cultura. En este punto huye de los extremismos y no tiene reparos en situar el viaje a París al lado del viaje ritualizado pero verdaderamente iniciático de los autores romanos a Atenas. Lo considera un producto del signo de cada momento; y por ello no se encierra en una fórmula estrecha de lo americano re-

11 Pedro Henríquez Ureña: «El eclipse de Europa» en *La utopía de América*, prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot, compilación y cronología de Ángel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot, Caracas, Ayacucho, 1978, págs. 52-53.

12 Este es también el punto de partida que han mantenido destacados críticos de la cultura como Arturo Ardao, quien reivindica esa aceptación de la pertenencia como punto clave de reflexión en torno a la identidad: «Toda reflexión sobre la identidad de América Latina tendría que tener bien en cuenta su pertenencia histórico-cultural a la Romania, a la que debe su nombre [...] Por otra parte, sus sustratos y adstratos indígenas, muy valiosos algunos de ellos, así como sus tan diversas inmigraciones, forzadas o libres, antes o después del periodo colonial, reiteran una constante tradición de la Romania. Desde sus más lejanos tiempos ha sido ella, una mezcla de hombres venidos de todos los horizontes, incorporados por el lenguaje a una civilización común» (Arturo ARDAO, *Romania y América Latina*, Montevideo, Universidad de la República Oriental del Uruguay, 1991, pág. 6).

13 Pedro Henríquez Ureña: «El afán europeizante», *Obra Crítica*, pág. 250.

ducida a una visión paisajística o a una mera tendencia indigenista. Aquí es donde cobra cuerpo el título general del primer ensayo entre los términos «descontento» -respecto a los hechos de la generación anterior- y «promesa» -referido a las posibilidades de expresión que cada generación nueva ofrece-:

Los inquietos de ahora se quejan de que los antepasados hayan vivido atentos a Europa, nutriéndose de imitación, sin ojos para el mundo que los rodeaba: olvidan que en cada generación se renuevan, desde hace cien años, el descontento y la promesa. Existieron, sí, existen todavía, los europeizantes, los que llegan a abandonar el español para escribir en francés, o, por lo menos, escribiendo en nuestro propio idioma ajustan a moldes franceses su estilo y hasta piden a Francia sus ideas y sus asuntos. O los hispanizantes, enfermos de locura gramatical, hipnotizados por toda cosa de España que no haya sido trasplantada a estos suelos<sup>15</sup>.

Estableció así una defensa de todos los aportes que puedan ser significativos de la cultura occidental, y por encima de todo, de la española. Si sus contemporáneos hubieran tenido en cuenta las observaciones que en su obra se dedican a la distinción entre «herencia» e «imitación» se hubieran ahorrado muchas páginas vertidas sobre polémicas culturales, aclaradas por Henríquez Ureña cuando afirma:

Pertenece al mundo occidental: nuestra civilización es la europea de los conquistadores, modificada desde el principio en el ambiente nuevo pero rectificadas a intervalos en sentido europeizante al contacto de Europa. Distingamos, pues, entre imitación y herencia: quien nos reproche el componer dramas de corte escandinavo, o el pintar cuadros cubistas, o el poner techos de Mansard a nuestros edificios, debemos detenerlo cuando se alargue a censurarnos porque escribimos romances o sonetos, o porque en nuestras iglesias haya esculturas de madera pintada, o porque nuestra casa popular sea la casa del Mediterráneo. Tenemos el derecho —herencia no es hurto— a movernos con libertad dentro de la tradición española, y, cuando podamos, a superarla. Todavía más: tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental<sup>16</sup>.

Por supuesto que tras estas aseveraciones no hay una defensa exaltada de lo europeo, ni de lo español. No propone Europa como modelo constante al que debe tender la cultura hispanoamericana, sino que es una exhortación a sentirse partícipes de la tradición, pero contribuyendo, a partir de esa pertenencia, al desarrollo de los elementos propios:

Pero sepamos precavernos contra la exageración; sepamos distinguir el toque de la obra personal entre las inevitables reminiscencias de obras ajenas. Sólo el torpe hábito de confundir la originalidad con el alarde o la extravagancia nos lleva

a negar la significación de Rodó, pretendiendo derivarlo todo de Renán, de Guayau, de Emerson, cuando el sentido de su pensamiento es a veces contrario al de sus supuestos inspiradores. Rubén Darío leyó mucho a los españoles, a los franceses luego: es fácil buscar sus fuentes, tanto como buscar las de Espronceda, que son más. Pero sólo «el necio audaz» negaba el acento personal de Espronceda; sólo el necio o el malévolo, niega el acento personal del poeta que dijo: «Se juzgó mármol y era carne viva» [...] <sup>17</sup>.

En este sentido realiza una clara crítica del deseo desmedido de imitación de lo europeo. Aún en este caso, no considera un pecado la mirada hacia Europa sino un complemento de la cultura hispanoamericana, y nunca como único punto de referencia válido que anule la realidad autóctona:

Todo aislamiento es ilusorio. La historia de la organización espiritual de nuestra

América, después de la emancipación política, nos dirá que nuestros propios orientadores fueron, en momento oportuno, europeizantes: Andrés Bello, que desde Londres lanzó la declaración de nuestra independencia literaria, fue motejado de europeizante por los proscritos argentinos veinte años después, cuando organizaba la cultura chilena; y los más violentos censores de Bello, de regreso a su patria, habían de emprender a su turno tareas de europeización, para que ahora se lo afeen los devotos del criollismo puro. Apresurémonos a conceder a los europeizantes todo lo que les pertenece, pero nada más, y a la vez tranquilicemos al criollista. No sólo sería ilusorio el aislamiento -la red de comunicaciones lo impide-, sino que tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca <sup>18</sup>.

Esta posición intelectual es una muestra de la madurez de un pensamiento capaz de valorar el desarrollo de la literatura hispanoamericana

16 Pedro Henríquez Ureña: «Herencia e imitación», *La utopía de América*, pág. 53.

17 Pedro Henríquez Ureña: *Ibidem*, pág. 54.

18 Pedro Henríquez Ureña: «El afán europeizante», *Obra Crítica*, págs. 249-250. Esta incorporación a la modernidad esboza en una época muy temprana la misma línea de reflexión que mantiene entre otros el crítico uruguayo Ángel Rama; propone una historia cultural integrada, no disociada de todos y de cada uno de los aspectos del rico mundo cultural, de ahí que las palabras de Ángel Rama van en el mismo sentido de esa integración de elementos que proclamara el crítico dominicano en un momento en el que el discurso hispanoamericano no había madurado, dice Ángel Rama: «La modernidad no es renunciable y negarse a ella es suicida; lo es también renunciar a sí mismo para aceptarla» (*Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982, pág. 71).

y dotarla de proyección en la cultura universal:

¿Dónde, pues, comienza el mal de la imitación? Cualquier literatura se nutre de influjos extranjeros, de imitaciones y hasta de robos: no por eso será menos original. La falta de carácter, de sabor genuino, no viene de exceso de cultura, como fingen creer los perezosos, ni siquiera de la franca apropiación de modelos extraños: hombres de originalidad máxima saquean con descaro la labor ajena y la transforman con breves toques de pincel. Pero el caso es grave cuando la transformación no se cumple, cuando la imitación se queda en imitación. Nuestro pecado en América, no es la imitación sistemática -que no daña a Catulo ni a Virgilio, a Corneille ni a Molière-, sino la imitación difusa, signo de la literatura de aficionados, de hombres que no padecen ansia de creación; las legiones de pequeños poetas adoptan y repiten indefinidamente en versos incoloros “el estilo de la época”, los lugares comunes del momento<sup>19</sup>.

Dentro de esa imitación de lo europeo Henríquez Ureña sitúa el derecho a emplear y tener como propia esa cultura, sin dejar de reivindicar en ningún caso la transformación creativa que se ha operado con esos elementos originarios de aquella procedencia europea. En esa trans-

formación operada sobre lo europeo cifraba el verdadero arte y la expresión propia. Dentro de sus postulados quedaba fuera de toda duda que la aceptación de la cultura española y de los elementos propios de la tradición eran claves para el fortalecimiento de la unidad.

El hecho de compartir el mismo idioma que la metrópoli había sido uno de los rasgos reiterativos de los que se valió una buena parte de la crítica española para negar autenticidad a la literatura hispanoamericana. Frente a esto, un reducido grupo de escritores había reaccionado proponiendo una vuelta a las lenguas indígenas. Con estos dos extremos de fondo, Henríquez Ureña, en sus reflexiones en torno al idioma, se opone a la aparente carencia de auténticos rasgos distintivos que se le achacan a la literatura hispanoamericana por estar escrita en español. Ejerce aquí el papel de crítico sereno y filólogo experto afirmando que la expresión propia de América no se logrará recurriendo a las lenguas indígenas, ya que no toda América posee en igual medida esa tradición, y, además, dentro de los que tienen una mayoría indígena, son pocos los escritores, exceptuando algunos casos excepcionales como el de José María Arguedas, que van más allá

19 Pedro Henríquez Ureña: «Herencia e imitación», *La utopía de América*, pág. 54.

de conocer unos cuantos vocablos de dichas lenguas autóctonas:

En todas las artes se plantea el problema. Pero en literatura es doblemente complejo [...] el poeta, el escritor, se expresan en idioma recibido de España. Al hombre de Cataluña o de Galicia le basta escribir su lengua vernácula para realizar la ilusión de sentirse distinto del castellano. Para nosotros esta ilusión es fruto vedado o inaccesible. ¿Volver a las lenguas indígenas? El hombre de letras, generalmente, las ignora, y la dura tarea de estudiarlas y escribir en ellas lo llevaría a la consecuencia final de ser entendido entre muy pocos, a la reducción inmediata de su público<sup>20</sup>.

La lengua había sido uno de los elementos centrales de «la polémica del meridiano cultural», hasta el punto de que desde *Martín Fierro* se reivindicaba con más fuerza un idioma argentino diferenciado, y junto a él la separación de la tradición española:

Nuestra ilusión debe ser la de echar a perder de tal manera el castellano que venga un español y no entienda nada de lo que digamos. No es de otra manera que los franceses, italianos y españoles se portaron con el latín [...] ¿Por qué querer que nos liguemos a una tradición completamente artificiosa que solamente está en los discursos declaratorios de los

congresos? Nosotros estamos organizando un idioma para nosotros solos y de aquí nos vendrá la libertad. Es signo de potencia espiritual de un pueblo el de transformar el idioma heredado. El idioma es una riqueza como otra cualquiera a la que hay que dar vida convirtiéndola<sup>21</sup>.

El idioma ocupa en los estudios de Pedro Henríquez Ureña una parte destacada, porque, en su opinión, determina la unidad de la cultura. Su continuada dedicación a los aspectos filológicos y su insistencia en los rasgos distintivos del español de América tienen la función de construir los cimientos de un nuevo americanismo<sup>22</sup>. Así, sostuvo siempre que el estudio de la filología, de los rasgos distintivos del español de América, podrían contribuir a la comprensión de la totalidad de la cultura americana, criticando en varias ocasiones el poco rigor filológico con que se realizaban los estudios lingüísticos en América, como le comenta en comunicación epistolar a Emilio Rodríguez Demorizi:

Sobre lingüística de América hay que proceder con mucho cuidado, porque se han escrito muchas cosas malas. En el Instituto de Filología, aquí, estamos tratando de hacer una depuración, reimprimiendo con anotaciones y correcciones los trabajos principales. Basta leer lo que

20 Pedro Henríquez Ureña: «El problema del idioma», *Obra crítica*, págs. 244-245.

dice Lenz sobre los vocabularios de regionalismos de América [...] Sobre las lenguas indígenas lo mismo: el siglo XIX vio aparecer una multitud de libros absurdos, en que se trataba de emparentar lenguas indias con el asirio y el hebreo o el vasco; por ejemplo, los libros de Pablo Patrón en el Perú, de Vicente Fidel López en la Argentina [...] Todavía son ejemplo de otros disparates las etimologías árabes de Lugones. En las Antillas tenemos, como ejemplo de libro descuidado y poco útil (excepto por la cantidad de materiales) el de Alfredo Zayas [...] El filólogo aficionado está viendo siempre relaciones donde no hay más que coincidencias. La Academia Española, hasta hace poco, procedía según estos métodos de aficionado; ya se ve que todas las precauciones son pocas<sup>23</sup>.

La crítica del lenguaje no puede ser separada del resto de su labor americanista. Fueron continuos sus comentarios sobre la falta de rigor con que los extranjeros, y entre ellos los españoles y también algunos hispanoamericanos, hablaban del español de América. Fruto de esta preocupación es su división en las cinco áreas lingüísticas que componen el territorio americano<sup>24</sup>. Henríquez Ureña desecha también el tópico americanista fundado en la teoría de la exuberancia que se ha achacado de manera continua a América; «exuberancia» y «énfasis» han sido los dos calificativos más repetidos al referirse a la literatura hispanoamericana, y, ante ello, el ensayista dominicano propone acabar con ese

- 21 Pablo Rojas Paz: «Un llamado a la realidad. Imperialismo baldío», *Martín Fierro*, 42 (1927), en Carmen Alemany Bay: *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica* (1927. *Estudio y Textos*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1998, pág. 68.
- 22 Son innumerables sus trabajos filológicos, de ellos pueden destacarse: «Observaciones sobre el español en América. Comienzo del español en América» (1931), «Observaciones sobre el español en México» (1934), «Palabras antillanas en el diccionario de la Academia» (1934), «El supuesto andalucismo dialectal de América» (1936), «El español en la zona del mar Caribe» (1937), «Problemas del español en México» (1937), «Caribe» (1938), «Historia de palabras» (1938), «La planta enigmática» (1938), «El enigma del aje» (1938) y «Estudios sobre el español en Nuevo México» (1938). En este sentido su labor de filólogo y su criterio riguroso aprendido durante su estancia en el Centro de Estudios Históricos de Madrid (1920-1921), y perfeccionado en el Instituto de Filología de Buenos Aires tiene el profundo significado de regresar a las fuentes y de «devolver» la tradición que es propia a la América Hispánica. Para lo relacionado con el Instituto de Filología de Buenos Aires véase el *Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso en su cincuentenario, 1923-1973*, Buenos Aires, S. E., 1975. Véase en concreto el estudio de Frida Weber de Kurlat, «Para la historia del Instituto de Filología y las literaturas hispánicas Dr. Amado Alon-



tipo de crítica impresionista y superficial que no responde a la verdad:

José Ortega y Gasset, en artículo reciente recomienda a los jóvenes argentinos “es-trangular el énfasis”, que él ve como una falta nacional [...] América es, a los ojos de Europa [...] la tierra exuberante, y razonando de acuerdo con la usual teoría de que cada clima da a sus nativos rasgos espirituales característicos (“el clima influye en los ingenios”, decía Tirso), se nos atribuyen caracteres de exuberancia en la literatura. Tales opiniones (las escojo sólo por muy recientes) nada tienen de insólitas; en boca de americanos se oyen también. Y, sin embargo, yo no creo en la teoría de nuestra exuberancia [...] ¿se nos atribuye y nos atribuimos exuberancia y énfasis, o ignorancia y torpeza? La

ignorancia, y todos los males que de ella se derivan, no son caracteres: son situaciones. Para juzgar de nuestra fisonomía espiritual conviene dejar aparte a los escritores que no saben revelarla en su esencia porque se lo impiden sus imperfecciones en cultura y en dominio de formas expresivas. ¿Qué son muchos? Poco importa; no llegaremos nunca a trazar el plano de nuestras letras si no hacemos previo desmonte<sup>25</sup>.

Las aportaciones de Henríquez Ureña a la clarificación de los conceptos relacionados con la percepción de la lengua y la literatura hispanoamericana son enormes y de un gran calado. Afirmó también, por ejemplo, que no puede establecerse como criterio de clasificación litera-

so», y de la misma autora, «Pedro Henríquez Ureña en el Instituto de Filología de Buenos Aires» en Julio Jaime JULIÁ (ed.), *El Libro Jubilar de Pedro Henríquez Ureña*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU), 1984, t. II, págs. 265-271. En el Instituto de Filología de Buenos Aires Henríquez Ureña orientó a aquellos que luego serían figuras relevantes en el ámbito filológico tales como María Rosa y Raimundo Lida, Angel Rosenblat, Enrique Anderson Imbert, Daniel Devoto, Juan Bautista Avallé-Arce, y Ana María Barrenechea, entre otros. También dentro del Instituto salieron dos de sus más logrados trabajos que habían sido el fruto de muchos años de dedicación, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (1936) y *El idioma español en Santo Domingo* (1940).

- 23 Pedro Henríquez Ureña: “Carta a Emilio Rodríguez Demorizi”. En *Obras Completas*. Edición de Juan Jacobo de Lara, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 10 vols., 1976-1980, Vol. VIII, págs. 379-380.
- 24 Estas cinco áreas lingüísticas son: I. Grupo ístmico (México y América Central), II. Grupo del mar Caribe ( las Antillas, Venezuela y Colombia), III. Grupo peruano (Ecuador, Perú y Bolivia), IV. Grupo araucano (Chile), V. Grupo del Plata (la Argentina, El Uruguay y el Paraguay) (Véase la ilustrativa carta del 21 de marzo de 1919 en la que le expone ampliamente a Reyes la fundamentación de estas cinco áreas, *Epistolario íntimo*, op. cit. págs. 145-149).
- 25 Pedro Henríquez Ureña, «América y la exuberancia», *Obra Crítica*, págs. 257-258.

ría la existencia por un lado de una América tropical, desorganizada y, por otro, un grupo de países donde esa producción literaria está mejor organizada, esa teoría de las dos Américas apoyada únicamente en la realidad climatológica<sup>26</sup>. Sostuvo, por el contrario, que era factible establecer cierta división, pero en lo que se refiere a la cultura y a la desorganización política. En este sentido habla de una «América buena», que integran aquellos países donde la política favorece el desarrollo de la actividad cultural, y una «América mala», que forman aquellas otras naciones donde dicha actividad sucumbe a manos de los intereses políticos.

Estos y otros estereotipos formaban parte del (des)conocimiento que los extranjeros tenían de la literatura hispanoamericana. Esto nos muestra el imbricado contexto en el que surgían los *Seis Ensayos* y la cantidad de prejuicios históricos que estaban operando. Al referirse a ellos y tratar de analizarlos racionalmente y, en la mayoría de las ocasiones, des-

montarlos, Henríquez Ureña estaba mostrando una madurez intelectual que no poseían la mayoría de sus contemporáneos, ni poseía en ningún modo la crítica española de la época, empeñada en defender su perdido imperio a través de la prolongación de los rasgos españoles en las manifestaciones de la cultura hispanoamericana. En este aspecto es destacable su ensayo dedicado a la dramaturgia de Ruiz de Alarcón, que, al poner de relieve los rasgos originales de sus dramas, se convierte en una reivindicación de la americanidad de la época de la colonia. Este fue el primer paso para rescatar el periodo colonial, una etapa que generalmente había sido considerada como una parte de la literatura española o como una tierra de nadie, ignorada por los americanos, que no se atrevían a estudiarla en profundidad porque no la tenían como suya, además de considerarla poco valiosa. Este aspecto es sumamente importante, puesto que desde esta reivindicación, el periodo colonial fue una de las fuentes de información

26 Ernesto Sábato se refiere en *Apologías y rechazos* a estas continuas exageraciones en que se ha incurrido acerca de la literatura y el pensamiento hispanoamericano: «Henríquez Ureña[...] parecía puesto para probar qué triviales suelen ser esas generalizaciones que establecen relación entre el clima y el temperamento. Esos lugares comunes que la mala literatura difundió, cierta filosofía pretendió fundar y que, finalmente, el cine norteamericano explotó en forma industrial[...] Esa teoría termológica, generalmente nacida en países de clima frío, que convierte en poco menos que charlatanes a cualquier habitante de las regiones de mucho sol[...]» (Ernesto Sábato: *Apologías y rechazos*, Barcelona, Seix Barral, 1979, pág. 58).

más importantes para los estudios hispanoamericanos. La integración del periodo colonial es también la base sobre la que se erigieron su dos obras fundamentales de historiografía, ya que tanto las *Corrientes literarias en la América Hispánica* como su *Historia de la cultura en la América Hispánica* hacen un recorrido desde la Colonia hasta las últimas tendencias<sup>27</sup>.

*Seis ensayos en busca de nuestra expresión* tuvo un éxito y difusión escasos en su momento, porque no se valoró su método de análisis de la cultura hispanoamericana, ni llegó a advertirse entonces el giro que proponía. Esto es debido a que el público hispanoamericano no estaba preparado para «digerir» un tipo de pensamiento que conocía la cultura europea, y que precisamente por conocerla y aceptarla, era capaz de valorar en su justa medida su aportación a la cultura hispanoamericana, despojando a aquélla de una serie de valores míticos que la adornaban a sus ojos, merced un solapado complejo de inferioridad. Rafael Gutiérrez Girardot se refiere a los problemas del público latinoamericano en

el momento en que Henríquez Ureña publica estos ensayos, y valora el enjuiciamiento que hace el crítico dominicano de los extremismos en los que estaba cayendo la crítica para llegar a la especificidad de lo americano:

[...] el público culto latinoamericano cultivaba una peculiar actitud ante su propia literatura. La consideraba como algo propio y hasta valioso, pero no parecía suficientemente convencido de su valor y menos aún del valor de su tradición; o, por ignorancia, creía que las glorias locales sustituían la literatura universal, consiguiendo la de los países del Continente y hasta la superaban; o, en fin, daba por sentado tácitamente que cualquier autor extranjero era mejor que cualquier latinoamericano [...] El extremo contrario de este “cosmopolitismo”, el nacionalismo hispano-criollo, o simplemente hispano, o simplemente criollo, lo mismo que cierto indigenismo, no era sustancialmente diferente de aquel: los dos partían de la misma actitud ambigua, es decir, la de la convicción a medias del valor de la literatura latinoamericana. Sólo que en los nacionalistas, ésta se manifestaba de manera irritada y resignadamente agresiva, como una “confusión de

27 Son muchos los estudios de Henríquez Ureña dedicados a la Colonia: «Sor Juana Inés de la Cruz» (1936), «Sobre literatura colonial en América» (1936), «El teatro de la América española en la época colonial» (1936), «Teatro hispano indígena» (1936) «Lo que aportó el descubrimiento del Nuevo Mundo a la visión y la literatura del Viejo Continente», *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (1936), «Cosas de Indias» (1940), «Barroco de América» (1940), etc.), por sólo citar algunos de ellos.

sentimientos”. A los dos extremos dedicó Henríquez Ureña precisas reflexiones en su ensayo “El descontento y la promesa” de sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, de 1928<sup>28</sup>.

Esto explica alguna crítica recibida por quienes sin conocer las bases ni el planteamiento ureñianos le encasillan dentro del pensamiento burgués adjudicándole una defensa exacerbada de la cultura europea, cuando afirman que su admiración y respeto por las letras castellanas era «un exponente típico de [...] colonialismo intelectual»<sup>29</sup>. Jiménez-Grullón, analiza y explica todo el pensamiento de Henríquez Ureña partiendo de una endeble adecuación de éste al espíritu burgués:

Henríquez Ureña recomienda a nuestros pueblos esa entrega -que a las claras margina nuestro propio pasado- y ve en ello un empeño hacia “la renovación de la

cultura nacional”, sin darse cuenta de que el exclusivismo de su recomendación envuelve un manifiesto discrimen hacia esta cultura y el afán de darle esencias y contenidos europeos. Trátase, evidentemente, de un exclusivismo para nosotros suicida y por tanto, inaceptable [...] En todos sus párrafos rezuma el enfoque que sobre su temática ofrecieron casi todos los intelectuales burgueses europeos de entonces<sup>30</sup>.

Pero, a pesar de la escasa valoración de la obra en este marco saturado de protagonismos e intereses contrapuestos, posteriormente la crítica ha coincidido en reconocer que *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* constituyó «el punto de partida de la crítica hispanoamericana contemporánea»<sup>31</sup>. En este sentido, Luis Leal afirma que «la crítica de la literatura hispanoamericana puede dividirse en dos grandes etapas: antes y después de Henríquez Ure-

28 Rafael Gutiérrez Girardot: «Prólogo» a *La utopía de América*, op. cit. pág. XI.

29 J. I. Jiménez-Grullón: *Pedro Henríquez Ureña, realidad y mito y otro ensayo*, Santo Domingo, Ed. dominicana, 1969, pág. 70. Jiménez-Grullón se refiere en este caso al artículo de Henríquez Ureña «La cultura de las Humanidades» (1914), donde éste disertó acerca de las letras castellanas: «Al amor de Grecia y Roma hubo de sumarse el de las antiguas letras castellanas: su culto, poco después reanimado, es hoy el más fecundo entre nuestros estudios de erudición[...]» (*Obra Crítica*, pág. 33). A partir de esta cita y sus diferentes estudios en torno a las letras españolas, Jiménez-Grullón, le critica su «fervor por la hispanidad» (pág. 74)], hasta afirmar cuando analiza «La utopía de América que «el hispanismo es, en el autor, la ideología dominante: prima sobre el americanismo» (pág. 86).

30 J.I. Jiménez-Grullón: *Ibidem*, págs. 73-74.

31 José Antonio Portuondo: «Pedro Henríquez Ureña, el orientador», *Revista Iberoamericana*, 41-42 (1956), pág. 78.

ña»<sup>32</sup>. Y es que el particular americanismo del escritor parte de la conciencia de pertenencia a la familia románica, pero con la preponderancia evidente de la cultura hispánica. Esa pertenencia es la que proporciona la ansiada unidad cultural, que en ningún momento se propone como forzada, sino como aceptación de la tradición a la cual se pertenece. Por ello, tal como lo venía efectuando a lo largo de toda su obra, en *Seis ensayos* muestra la legitimidad de la tradición y con ella la de la cultura clásica, participando con igual derecho en todos los movimientos europeos y a la vez aportando a ellos los rasgos esenciales del espíritu a través de los hallazgos de su quehacer intelectual.

En definitiva, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* surgió en un momento de gran debate intelectual, y en dicho debate Henríquez Ureña se encontró armado intelectualmente para no perderse en una polémica que encubría en la mayoría de los casos una ardua defensa nacional. En este marco viciado por la política y por infinidad de ele-

mentos extraliterarios no se valoró en su momento la solidez del pensamiento del crítico dominicano, porque él siempre hizo prevalecer la cultura por encima de otras interpretaciones.

La amplitud de sus inquietudes intelectuales le situaron fuera de los cauces nacionalistas y al margen de las polémicas que sacaron a la luz prejuicios históricos y demostraban escaso interés por la cultura española, negando originalidad en las producciones propias. Este libro se basa tanto en el proceso como en la totalidad, y se ha convertido en una sólida propuesta de armonía entre lo general y lo particular. Una vez constatada la valía de lo propio, se consigue la proyección en lo universal.

Las ideas contenidas en los principales apartados que componen *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* significan una renovada propuesta de confianza en la valía de la literatura hispanoamericana, y proclaman, por encima de cualquier nacionalismo, la grandeza de un discurso propio portador de nuevos mecanismos de valoración de las letras y del pensamiento hispanoamericanos.

32 Luis Leal: «Pedro Henríquez Ureña, crítico de la literatura hispanoamericana», *Revista Interamericana de Bibliografía*, 3 (1977), pág. 253.